

CAPÍTULO II

LOS BENI-ISRAEL EN EL ESTADO DE TRIBUS FIJAS, DESDE LA OCUPACIÓN DEL PAÍS DE CANAÁN, HASTA EL ESTABLECIMIENTO DEFINITIVO DEL REINADO DE DAVID

Los Beni-Israel allende el Mar Muerto y el Jordán

En el período en que las tribus israelitas aparecieron en las alturas de los manantiales de Nahaniel (sobre el año 1250 antes de J.C.) la comarca de allende el Mar Muerto acababa de presenciar acontecimientos memorables. El grupo cananeo de los amorreos, cuyo punto de partida parece haber sido Hebrón y Haasón Tamar (llamado más adelante En-gaddi) había tomado, al pasar a ser centro de confederación de pueblos conocidos antes con otros nombres, una posición muy considerable. Limitados hasta entonces al este por el Jordán y el Mar Muerto, los amorreos se habían extendido por Oriente y formaban dos reinos transjordánicos: el de Basán, cuya capital era Astarot-Carnaim, y otro más meridional, que limitaba al norte con el Yabok y al sur con el Arnón, y cuya capital era Hesebrón. Ésta y todo el país al norte del Arnón habían sido posesión hasta entonces del reino de Moab, que perdió, con la invasión amorrea, toda la parte septentrional de su territorio. Quizás a esto se debe el favor relativo con que recibieron los moabitas a Israel, cuando aparecieron en los parajes de Arabim.

Sihón, fundador del reino amorreo de Hesebón, formó un ejército contra los nuevos invasores. Se entabló la batalla en Iahas, y la derrota de Sihón fue total. Los israelitas se apoderaron de todo el país, desde el Arnón hasta el Yabok.

Se apoderaron de Hesebón, y aquella fue la primera gran victoria ganada en nombre de Jehová. Hesebón era una hermosa acrópolis situada en un país fértil y bien regado. La conquista de esta plaza importante dio origen a un canto, del cual conserva el libro de los Números algunas estrofas, que narran las primeras victorias de Sihón, y luego su derrota por Israel.

Jaezer, que formaba parte del reino de Sihón, fue tomado después de

Hesebón e Israel se convirtió en dueño de todo el país, desde el Ar-nón hasta el Iabok, llamado genéricamente tierra de Galaad. Esta conquista, realizada con rapidez, demuestra que los jefes que la guiaron valían verdaderamente como guerreros. Según el sistema de los redactores de la Thora, Moisés aún vivía, y a su lado estaba su teniente Josué. Según el libro de las «Guerras de Jehová», había desaparecido ya Moisés antes de acercarse a Moab. La canción de Beer y todo el episodio de Balaam suponen su ausencia, pues indiscutiblemente, si dicho viejo texto hubiese admitido que Moisés existía aún en la época de las guerras contra Sihón y Og, seguramente le hubiese atribuido cualquier intervención milagrosa en estas batallas como en Rafidim.

Seguidamente se destruyó el reino amorreo de Basán. Og, rey de Basán, fue derrotado en Edrei. El rico país que se extiende desde las montañas del Haurán hasta el lago de Tiberíades y el Jordán, fue posesión de los hijos de Israel. La poderosa familia de los makiritas, animada por sus aficiones militares, contribuyó mucho a esta conquista y se estableció en las llanuras del Haurán. Los makiritas formaban parte de la rama manaseíta del grupo josefita, que se distinguía todavía en Israel.

Las dos grandes guerras citadas dieron a los Beni-Israel una situación muy ventajosa. Los dos reinos de Sihón y Og, una vez en su poder, les daban una extensión de tierra de más de 35 leguas de largo, bastante amplia para ellos. Lo probable es que después de la conquista de Basán descansaran. Aguardaban las tribus, para cruzar el Jordán, que no les bastara con el hermoso país que ocupaban. Estos años fueron de extremado vigor y juventud. El centro de Israel en aquella época era lo que se llamaba *Arboth Moab* o llanura de Moab, situada a orillas del Jordán, frente a Jericó, al pie del monte Nebo, y particularmente el lugar llamado *Sittim* (las acacias) o Abel-has-Sittim (la pradera de las acacias). El arca estaba en aquel lugar debajo de una tienda y venía a ser el eje vital de la nación.

La aparición de fuerza nueva en el mundo pequeño, y apretado, de la región palestínica, creó lógicamente vivos temores en los pueblos que antes la ocupaban. Amón parece que no se alborotó mucho. Moab, muy debilitado por los amorreos, tuvo que limitarse a intrigar. En los libros históricos más antiguos, se encuentra sobre esto un extraño relato, referente a Balac, hijo de Sippor, supuesto rey de Moab. Existía ya el *nabí* en aquella época, entre los pueblos semíticos, pero de una manera muy distinta a tiempo después. Era como un brujo, poseedor de secretos misteriosos, al que diariamente ponían en contacto con los élohim. Estos nabís constituían una potencia formidable. Se les atribuían poderes sobrenaturales y una ciencia profunda en el arte de echar sortilegios. Creíase que su maldición era infalible. Unas veces se los llamaba para hacer desgraciados a los enemigos; otras se les pagaba para que maldijeran a aquellos a quienes se quería perder. Se creía que sus injurias eran perjudiciales, y se les utilizaba para lan-

zar contra el enemigo cantidad de insultos, que se suponían eficaces. Solían expresarse estos sortilegios mágicos, cuyo efecto se tenía por infalible, con poderosos paralelismos, con *carmina* en estilo parabólico.

El más importante hechicero de aquel tiempo fue, según la leyenda, un tal Balaam, hijo de Beor, nahórida de las orillas del Éufrates, oriundo de Petor. Balac le mandó llamar, ofreciéndole muchísimo dinero y haciéndole espléndidas promesas. Se le llevó a un altura llamada Bamot-Baal, cerca de Ataroth, en la parte de la antigua Moabidida, recién conquistada por Israel, cuyos primeros campamentos se veían desde allí. Se dice que, a pesar de los esfuerzos que hacía Balaam para maldecir a Israel, las palabras se confundían en su boca, y salían convertidas en bendiciones. Más adelante, de esto surgieron curiosos relatos. En tiempo de David, y con el más hermoso ritmo de la poesía antigua, se crearon los oráculos que se supusieron pronunciados por Balaam, y se hicieron de estos fragmentos marcos sibilinos para las predicciones relativas al porvenir de Israel y de otros pueblos.

La última relación entre Moab e Israel evitó una guerra sangrienta entre ambos, pero no ocurrió lo mismo con Madián. Los madianitas no habían conquistado aún un lugar fijo: se los encontraba en todos los desiertos, al Oriente del Mar Muerto. Los hemos visto, cuando la salida de Egipto, relacionados con Moisés, por conducto de su *cohen* Jetro. Después los vemos luchar con los edimitas en la tierra de Moab. Aquella rama septentrional de los madianitas fue la que tuvo un grave choque con Israel: la guerra fue terrible y los madianitas y sus cinco reyes fueron exterminados. Los varones fueron muertos y de las mujeres y ganado se apoderaron los vencedores.

Son sorprendentes a primera vista estos triunfos militares de Israel. Ni en su período patriarcal ni durante su estancia en Egipto, había tenido Israel costumbres guerreras. En la época de los Jueces se mostró a veces débil con sus vecinos. Posteriormente, exceptuando la época de Saúl y David, las cualidades militares no son las más salientes de Israel. Es natural pensar que la superioridad militar que demostró este grupo de fugitivos procedente de Egipto respecto a los pueblos ribereños del Jordán, se debió a los egipcios que llevaban consigo, especialmente a Moisés, al que debe considerarse casi egipcio, y cuya representación fue más bien la de un jefe de tribus como Abd-El-Kader que la de un revelador religioso como Mahoma.

Quizá su armamento era mejor que el de los pueblos que encontraban. Entre bárbaros, la posesión de algo de civilización da a esta tribu numerosas ventajas sobre las tribus que no tienen más que el escaso material de guerra legado por el pasado.

A lo largo de esta larga estancia, junto con campañas afortunadas siempre, en un país entonces rico, debió realizarse dentro de Israel un poderoso trabajo de organización interior. Muchas familias se acomodaron ya de manera definitiva. Hemos visto que la familia manaseíta de Makir tomó parte capital en la conquista de Harran, y se quedó su mayor parte en el país conquistado. El territorio de Jaezer y Galaad eran muy

apropiados para la cría de ganado. Los rubenitas y los gaditas que tenían rebaños considerables, se lo adjudicaron. Los primeros se establecieron en el antiguo país de Moab, situado al Norte de Arnón, que los amorreos habían quitado a Moab, y los israelitas a los amorreos. Las ciudades de Ataloth, Daibón, Hesebón, Elealé y Baal Meón le tocaron a Rubén. Jaezer, Nimra y las mesetas del Este del Jordán se destinaron a Gad. El valle del Jordán está en la orilla izquierda muy poco desarrollado. La agricultura no podía prosperar en esta comarca, y el país fue siempre pastoral.

Sin embargo, se había extinguido la antigua raza. La población israelita era poco considerable. Encerrada en plazas fuertes, estaba rodeada de razas hostiles, a las que sólo faltaba un punto de unión patriótico. A varios lugares se les quitó el nombre y se les dio el de sus nuevos propietarios, pero dichos nombres duraron poco, y se usaron de nuevo los antiguos. Kenath, que fue tomada por el manaseíta Nohab, se llamó durante algún tiempo así, pero luego recobró el pasado, o sea Canatha o Canatha, que perdura hoy con la forma Kenawat.